

La dignidad y la inteligencia de un maestro

La muerte de D. Enrique Lafuente ha constituido un duro golpe para el mundo cultural español y para todos los que le conocíamos. FUNDES se honró repetidamente con su participación en las actividades que organiza, y «Cuenta y Razón» le tuvo en su Consejo de Redacción. Alguno de sus últimos artículos vio la luz en sus páginas. Hemos pedido a Alvaro Martínez Novillo, habitual en estas páginas, una breve semblanza de D. Enrique, sin perjuicio de dedicar a su obra y persona más adelante la extensión y el tratamiento que merece.

Lafuente Ferrari, constituye para nosotros el más alto ejemplo y magisterio de una vida dedicada a la historia del arte en sus tres campos de mayor importancia: el literario, el universitario y el museológico.

Si existe una obra fundamental en nuestra historiografía del arte, ésta es, sin duda, la magistral «Breve historia de la pintura española», libro siempre agotado y ampliado en sus sucesivas ediciones en espera de la definitiva, de inminente aparición, cuyo humilde título esconde la obra más seria, científica y sensible sobre la faceta del arte más cultivada en España. Lafuente siempre ha considerado a la historia del arte español «muy necesitada de vistas de conjunto, de síntesis, y sobre todo, de que vayamos pensando entre todos que hay ya labrados bastantes sillares, para que debamos intentar construir, poner en orden las ideas y datos reunidos, para lograr, con los necesarios tanteos, con la hipótesis y las rectificaciones precisas, una idea clara de lo nuestro español, sin excluir lo de fuera, para los debidos paralelos.

Autoridad mundial en Goya

Desde 1928, fecha en que se prepara la exposición del centenario de Francisco de Goya, Lafuente es referencia indispensable y de absoluta seriedad en el tema goyesco. Sus numerosos escritos dedicados al maestro aragonés, tanto de pintura como de estampas -dibujos y grabados-, son sobrios, sin concesiones, rigurosos y absolutamente fiables en sus atribuciones. Modélica es la gran edición de Albert Ski-ra sobre los frescos de San Antonio de la Florida, obra que constituyó para Lafuente su definitivo reconocimiento internacional y respeto para los investigadores españoles en tiempos verdaderamente difíciles y en los que todavía persistía un notable aislamiento frente al exterior.

En 1947 Lafuente publica «Los toros en las artes plásticas», dentro de la monumental obra de José María de Cossío, promovida por Ortega y Gasset -a quien

E.L.F. le rendiría homenaje con su definitivo «Ortega y las artes visuales». Allí encontramos reunidas y ejemplarmente estudiadas las series taurinas de Goya, las de los románticos europeos y las colecciones populares de estampas junto con obras de Eugenio Lucas, Roberto Domingo, Benlliure, Vázquez Díaz, Solana y Zuloaga -a quien E.L.F. dedicó un estudio ejemplar publicado en la «Revista de Occidente», junto con artistas más contemporáneos y Picasso en una de sus facetas más indiscutiblemente humanas y españolas.

Lafuente se interesó muy pronto por buscar la nueva dimensión a Pablo Ruiz Picasso el gran maestro heterodoxo de nuestro siglo. Ya en 1936, con motivo de la primera exposición del malagueño en Madrid, promovida por ADLAN (Amigos de las Artes Nuevas), Lafuente escribía: «Cualquiera que sea la posición personal que un «observador» de nuestros días adopte ante la pintura moderna hay que reconocer que la más elemental curiosidad por los problemas de nuestro tiempo debía ya habernos deparado el conocimiento con Picasso. Picasso es, además, un español, como Juan Gris y como tantos otros de lo que actuando en lo que va de siglo en el medio cosmopolita de París han producido una conmoción universal en el mundo de la pintura... Picasso, siempre renovándose, siempre asombrando, pasando de sus obras llenas de pureza de línea, de concepción reposada y monumental, a los arabescos de un capricho desemboca en lo decorativo, o a las deformaciones absurdas de la forma utilizada como sustentáculo de una exaltación colorista tremenda».

Quizás, con estas palabras y objetividad de juicio, en aquel año funesto, Lafuente trazaba un puente de unión entre lo acedémico y el arte de vanguardia. En 1974, E.L.F. dirige el número extraordinario de la «Revista de Occidente» como homenaje postumo a Picasso, y allí encontramos este inteligente pensamiento: «¿Se ha dicho todo sobre Picasso? Creo que mucho de lo que se ha escrito es simplemente adulterio, apoteósico, gratuito y repetitivo; aún queda mucho por decir. Y, probablemente, las palabras definitivas. Las que acaso necesiten un largo tiempo para depurarse,

un tiempo más allá del lapso de nuestras vidas y del rumor perturbador que ha seguido a su muerte».

Transmisión de sabiduría

La docencia universitaria de E.L.F. comienza en 1930, al ser encargado de las cátedras de sus maestros don Elías Tormo y don Manuel Gómez Moreno, cuando ambos desempeñaron, respectivamente, los cargos de ministro de Instrucción Pública y de Bellas Artes -¡qué maravillosa y adecuada era la denominación tradicional!- y de director general de Bellas Artes. La guerra interrumpe su docencia, y en Lafuente, como en tantos otros, se cebó la intransigencia atávica de nuestro país. Fue perseguido y represaliado por ambos bandos, señal inequívoca de que la barbarie odia visceralmente la inteligencia. Por causas políticas se le cierra el paso a su cátedra de Historia del Arte en Filosofía y Letras y, providencialmente, accede a la de la Escuela de San Fernando, de Madrid. Allí, Lafuente, en contacto con los jóvenes artistas, vive una inolvidable experiencia. El íes da su ciencia, su sabiduría, y ellos le ponen en contacto con la vitalidad del arte joven y vivo. Así, cuando, a modo de reparación, Joaquín Pérez Villanueva, director general de Universidades en la «primavera» de Ruiz-Giménez, le ofrece la restitución de su cátedra en letras, Lafuente declinará el ofrecimiento -«las cátedras son como las novias, tienen su edad en la vida, y a mí esta edad se me ha pasado», dicen que fueron sus palabras- y continuó hasta su jubilación en las más «humilde» de San Fernando, que no le impidió sus dilatados períodos como profesor visitante en las más importantes universidades americanas.

Impulsor de museos

En el campo de los museos, la obra de E.L.F. es muy extensa, aunque por desgracia más incomprendida y menos respetada, a pesar de sus esfuerzos y trabajos. A fi-

nales de los años veinte ingresa brillantemente en el cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos, y uno de sus primeros trabajos en él fue la identificación de los grabados recuperados del gran robo en el que fueron sustraídos de la Biblioteca Nacional gran número de pruebas de Durero, Rembrandt y otros clásicos del género. Por este motivo se le recomendó la dirección de la sección de estampas, de esta institución, con el encargo de investigar los riquísimos y casi desconocidos fondos de su colección y plantear la reorganización de dicho departamento. Ello fue el inicio de su especialización como experto en técnicas calcográficas y su impresionante conocimiento de las más importantes series y tiradas de las estampaciones de los famosos artistas.

Fue director del Museo de Reproducciones Artísticas en el Casón del Buen Retiro, allí encaminó a los jóvenes artistas a copiar una y otra vez los modelos de la antigüedad. Muchos años después de haber dejado este puesto, una decisión precipitada y no justificable hizo desalojar este local y los yesos, de incalculable valor artístico y pedagógico, comenzaron su largo éxodo, todavía, por desgracia, no concluido. En 1953 fue nombrado director del Museo Nacional de Arte del Siglo XIX, que él transformó en Museo de Arte Moderno, en las salas altas del Palacio de Bibliotecas y Museos -normalmente conocido sólo como Biblioteca Nacional-. Allí restituyó los famosos cuadros de historia y los tanteos maravillosos de los albores del arte de nuestro tiempo: Rosales, Fortuny, Muñoz

Degrain, Beruete, Solana, Zuloaga y tantos otros, con la maravillosa «Mujer en Azul», de Picasso, que E.L.F. descubrió prácticamente abandonada en los almacenes de las antiguas exposiciones nacionales de Bellas Artes. Este maravilloso e indispensable museo fue desmontado, tras la jubilación de Lafuente, a finales de los años sesenta y desde entonces nunca ha podido volver a exponer sus fondos de una manera completa.

Una exposición histórica

Más suerte ha tenido Lafuente en sus dos últimos trabajos dentro de la Academia de San Fernando, la Calcografía Nacional, hoy felizmente revitalizada, y el Museo de la Academia, al cual dedicó sus desvelos y en el cual, sólo a manera de ejemplo entre tantos, consiguió comprar las más bellas pruebas de la Suite Vollard de Picasso. Sin embargo, y lamentablemente, una injusticia histórica no permitió que, en diversas ocasiones, y por motivos no relevantes, y desde luego ajenos a la ciencia y al sentido común, Lafuente no ocupase el lugar que le hubiera correspondido por propios méritos: la dirección del Museo del Prado. Por desgracia esta ocasión la perdió España, pero la obra y el magisterio de Lafuente es tan grande y profundo, que estamos seguros que pervivirá en todos nosotros y fructificará definitivamente.

A. MR*

* Conservador del Museo de Arte Contemporáneo.